Si no existiera Sarduy

Juan Goytisolo

Nunca la expresión ha sido más cierta: si no existiera Severo Sarduy, habría que inventarlo. Cada época necesita un ejemplo de rigor extremo a la vez literario y moral con el que poder medir la obra y "carrera" de sus escritores, un punto de referencia. Severo cumple de maravilla este papel: a diferencia de la inmensa mayoría de sus compañeros de generación, no ha intentado adaptarse nunca a los gustos del público, conquistar la gloria efímera del *bestseller*. Amante y amado de los dioses de algún Parnaso nirvánico, ha sabido establecer claramente la diferencia entre el texto literario y el producto editorial; buscar relectores selectos, apasionados de sus novelas en vez de lectores numerosos pero olvidadizos de un género que se consume, digiere y expulsa exactamente como esos platos sugestiva, engañosamente representados en los menús y reclamos de las hamburguesérías; rehusar la novela en cuanto sistema literario forjado de una vez para siempre en favor de una realidad textual cuyo signo distintivo es precisamente el rechazo de toda forma fija y canonizada, la acuciante necesidad de ponerse a cada paso en tela de juicio; considerar el lenguaje no como algo que se hereda sino que se conquista músculo a músculo, trabado con él en sañuda e implicante lucha. Frente a la apetencia general por el producto bien empaquetado y de presentación amena, las modas que hoy consagran una literatura *light* engullible en menos de lo que copula un mosca —y cuyo único mérito posible sería el concedido por Céline a un admirador suyo, autor también de obrillas de hechura ligera: "la gran virtud de sus libros es la de que, cuando se me caen de las manos, no me aplastan los pies"—, Severo Sarduy ha proseguido el camino arduo de quien desdeña la facilidad y el carrierismo para fundar su propio territorio literario —no el mimético y vacuo de los seguidores de un modelo único, llámese Kafka, Faulkner o García Márquez—, sino uno alimentado por sus infinitas conexiones con los textos más sabrosos de todas las épocas y culturas, islam y budismo incluidos. Sarduy sabe que no se puede escribir inocentemente una novela después de *La lozana andaluza* y *Gargantúa*, el *Quijote* y *Tristram Shandy*, *Jacques el fatalista* y *Bouvard* y *Pécuchet*, Joyce y Lezama Lima. Exento de esa vanidad fatal tan común en nuestros letraheridos, de aglutinar una cohorte de discípulos y aduladores —Lope los reunió a centenares, pero ni Rojas ni Delicado ni san Juan ni Quevedo ni Cervantes tuvieron ninguno en vida—, se ha esforzado, al revés, en crearse un árbol genealógico digno de un gran artista. Leer a Sarduy es así una perpetua fiesta de la inteligencia y de los sentidos; su humor, citas cultas, efectos cómicos y paródicos se integran en la fílmica de sus novelas con esa mezcla sabia de gravedad e ironía de los maestros que admira. Vivaz, enjundiosa, incitante, provocativa, su obra nos consuela de tanta insipidez programada, de tanta mediocridad levantada hasta los cuernos de la luna: para delicia de sus relectores se alza jubilosa, risueñamente fálica, en un sombrío panorama de desechos que no alcanzarían siquiera la melancólica nobleza de ruinas. □

© *Juan Goytisolo, 1991*